



Se derrama la gracia de Dios

(basada en Hechos 9,1-22; 1 Timoteo 1,12-14)

Hace muchos años, justo después de la época de Jesús, vivía un hombre llamado Saulo. A Saulo no le gustaban las personas cristianas y trató de evitar que compartieran las buenas noticias de Jesús. Un día, Saulo consiguió el permiso para ir a la ciudad de Damasco para arrestar a la gente que seguía a Jesús y meterla en la cárcel.

En el camino a Damasco, algo increíble sucedió. Jesús se le apareció a Saulo por medio de una luz que lo dejó ciego, y le habló de las cosas que Saulo estaba haciendo. Después, Saulo se quedó ciego. Algunas personas lo ayudaron a llegar a Damasco, y estuvo tres días sin poder ver nada.

Ananías era un hombre que vivía en la ciudad de Damasco. Jesús vino a Ananías en un sueño y le dijo que fuera a orar con Saulo. Ananías no quería ir. Después de todo, Saulo había llegado a Damasco para arrestar a la gente cristiana. Jesús le dijo a Ananías que de todos modos fuera a orar con Saulo.

«He elegido a Saulo para un trabajo especial», le explicó Jesús.

Ananías fue a ver a Saulo para orar con él. Mientras oraban, la gracia de Dios se derramó sobre Saulo y sus ojos fueron sanados. Pudo volver a ver.

Saulo se convirtió en un líder de la iglesia. Él viajó a muchos lugares para compartir las buenas noticias sobre Jesús.

El amor de Dios cambió la vida de Saulo completamente. El cambio fue tan grande que Saulo comenzó a usar su nombre romano, Pablo.

A veces Pablo escribía cartas a otras personas sobre lo que estaba pasando.

«Antes yo decía cosas terribles acerca de Jesús, y era cruel con sus seguidores», explicaba Pablo. «Pero Jesús me perdonó porque yo no entendía. La gracia de Dios se derramó sobre mi vida y me cambió por completo. Yo soy un hombre nuevo. Alabado sea Dios, quien vive por los siglos».



Se derrama la gracia de Dios

(basada en Hechos 9,1-22; 1 Timoteo 1,12-14)

Esta semana, utiliza una o más actividades de cada sección para descubrir la gracia y la gratitud junto a tu familia.

Reconocemos la gracia de Dios

- Lee y disfruta de la historia con tu hijo o hija— utilicen su imaginación y háganse preguntas.
- Recoge suficientes zapatos de adulto para Saulo / Pablo, Jesús, sus ayudantes, y Ananías. Pide a cada hijo o hija que escoja un par de zapatos y un personaje. Mientras lees la historia nuevamente, invítalos a dramatizar la parte de su personaje, caminando en los zapatos que escogieron. Pide que compartan cómo se sintieron al hacer de ese personaje. Pregunta: «¿Cómo Dios ayudó a las personas de la historia?»
- Dios ayudó a Pablo y a Ananías a ver a las personas de maneras diferentes y a trabajar bien con ellas. Invita a tus familia a mirarse de maneras diferentes—con los ojos cerrados, a través de un agujero pequeño en un pedazo de cartón, a través de un tubo de papel, y con los ojos bien abiertos. Conversen sobre sus experiencias de mirarse de maneras diferentes. Ora: «Querido Dios, ayúdanos a mirar a la gente a través de tus ojos y a aprender a trabajar bien en grupo».



Respondemos a la gracia de Dios

- Invita a tu familia a caminar alrededor de la casa, observando diferentes objetos e imaginando un propósito diferente y útil para cada uno. Por ejemplo, pueden imaginar que una lámpara puede ser un faro que guía a los barcos a un puerto seguro. Antes de que el juego termine, invita a tu familia a mirarse y a imaginar que cada persona tiene un trabajo nuevo. Escucha con atención sus ideas acerca de los dones y roles de cada quien. Sigán jugando hasta que el tiempo y la energía lo permitan.
- Ayuda a tus hijos e hijas a meditar acerca de los dones especiales que Dios les dio. Invita a cada persona a pararse frente a un espejo una vez al día, y a repetir después de ti:

Espejito, espejito
Dios nos llama a ser sus hijos.
¿Y eso que quiere decir?
Dios ayúdame a salir.

Espejito, espejito,
Dios nos usa y es bonito.
¿Y qué talentos tengo yo?
Ir al mundo con amor.

Celebramos en gratitud

- Invita a tu familia a que cada vez que se de cuenta de las maneras sorprendentes en que está trabajando en unidad, lo celebre exclamando, «¡que viva Dios!» e invitando a las demás personas a decir, «¡que viva!».
- Hagan esta oración durante la semana.

Querido Dios, gracias por ayudarnos a pensar en nuevas formas de servirte a ti y a otras personas con gratitud. Amén.